

Cinco analistas y un relato clínico.

Carlos Barredo
Carlos Moguillansky
Carlos Nemirovsky
Janine Puget
Virginia Ungar

Asbed Aryan: Buenos días. Hoy como reunión clínica que corona todo un planteo de ideas teóricas que hemos tenido durante el primer cuatrimestre, vamos a ver un material clínico de un analista, referido a un paciente adolescente, y los Dres. Carlos Nemirovsky, Carlos Moguillansky, Virginia Ungar, Carlos Barredo y Janine Puget darán su punto de vista sobre él.

Analista: Quiero agradecer esta oportunidad de poder mostrar un material clínico y así poder asistir al intercambio de ideas que se dé a su alrededor.

Verónica es una joven de 22 años. Comencé a atenderla hace 4 años, cuando tenía 18. El motivo por el que en ese momento hizo la consulta es porque decía estar preocupada por su forma de alimentarse. A continuación presento fragmentos correspondientes a una sesión de los inicios del tratamiento. La paciente llega a sesión y saca el dinero para pagarme. Me dice:

Paciente: *Perdón por los billetes, están un poco arrugados.*

Esto que me dice yo no lo noto tanto y le digo:

Analista: *Bueno está bien, no por arrugados valen menos. Sonríe.*

Paciente: *Estoy cansada y no sé de qué. Ayer estuve haciendo unos muffins, no es que haya hecho muchos: hice quince; pero me quedaron horribles. Eran para venderlos en una fiesta que hicimos a la tarde. Después hice varias cosas, estoy con todo lo de la fiesta, Bariloche...*

Analista: *La fiesta, fin de año, Bariloche... ¿Algo de esto tendrá que ver con tu cansancio?*

Paciente: *Y no sé, la verdad es que no sé. Son todos los preparativos. Pensé en esto de hacer muffins pero no creo que el cansancio sea por eso, no eran tantos. No había manera de que no te quedaran bien y a mí no me quedaron bien [...]. ¡Eran horribles, monstruosos!*

Analista: *¡Uy! ¿Tan horribles?*

Paciente: *Para mí sí, asquerosos, horribles. Para los demás no sé...*

Se queda un rato en silencio, me da la impresión de que está pensando en algo y dice:

Paciente: *Se vendieron y se los comieron.*

Sonríe, como si por un momento hubiera sentido que eso que hizo no era realmente tan horrible. Pero un par de segundos después su expresión cambia y dice:

Paciente: *Y lo que piensen –obvio– no me lo van a decir. Igualmente no me hace falta, yo ya sé lo que pensaron.*

Analista: Bueno, hasta donde yo sé nadie puede leer la mente, los pensamientos de los otros...

Sonríe y dice:

Paciente: Bueno, es una forma de decir...

Analista: Creo que lo que te tiene cansada es estar tan pendiente de esos ojos criticones, que sentís que están al acecho allá afuera. Pero más todavía de tus propios ojos criticones, esos que te dicen que todo lo que hacés es horrible.

Paciente: Es desgastante, eso sí, pero no sé cómo hacer. A veces no sé quién está mal, no sé si soy yo la que pide mucho, o exige, pero también pienso que son los otros los que se conforman con poco; se los comieron porque se conforman con poco, ¿y cómo puede ser que no tengan más expectativas? Otras veces creo que yo soy muy perfeccionista, entonces la verdad que no sé. A veces yo me siento muy rara, como que soy la rara, la loca...

Se me queda mirando como esperando mi respuesta, y le digo:

Analista: Yo no creo que seas loca.

Paciente: Siento como si no perteneciera, no encajo, y no es algo que sea solo mío... siento que es de los demás... que a veces no responden como yo quisiera.

Analista: ¿Quién no te responde como quisieras?

Paciente: Bueno, hablo de mis amigos. Por ejemplo me acuerdo de una vez, cuando yo estaba en la época en que tenía bajo peso, estaba hablando con una chica, yo me había sacado una foto y se la mostré pero yo sabía lo que era esa foto: estaba muy –muy–

flaca, era un espanto, parecía L. (un personaje)... Se la muestro, cuando la miró me dijo: “¡Pero Verónica, qué horror, algo tenés que hacer, tenés que comer!”... y sí, ya lo sé, no tiene por qué decírmelo si ya lo sé. O sea, va más allá de eso y la gente no lo entiende.

Analista: *¿Y cómo te hubiera gustado que respondiera?*

Paciente: *Y... que no me dijera nada, porque es mucho más complejo que eso. Lo peor es que no le digo nada, eso que te he dicho que no puedo decir a veces lo que pienso. Y con lo que me dijo me hizo sentir una deforme, rara...*

Analista: *Sabés que noto que en esta sesión ya varias veces has dicho que vos pensás que sos rara. Primero me lo dijiste relacionado a tu forma de ser y ahora al cuerpo.*

Paciente: *Sí, es que así me siento. Del cuerpo tengo una forma rara, deforme... Y ahora me acordé que eso que me dijo no fue lo peor, lo peor de todo es que me dijo cosas como: “Pero a los chicos les gustan las chicas con el culo más grande” y no sé qué más... que por eso tenía que comer. ¿Y a mí qué me importa?, ese no es mi problema. Me pareció como algo que ella no tenía que decir en ese momento, que se metiera así con mi cuerpo...*

Mientras me decía eso pensaba en su dificultad y su temor para pensarse como alguien atractiva para los chicos, pero predominó en mí la sensación de estar frente a algo muy delicado en ella que necesitaba ser cuidado.

Analista: *Creo que este tema del cuerpo es un tema muy delicado para vos.*

Paciente: *Exactamente, es algo muy delicado y la gente no se da cuenta.*

Analista: Bueno, yo acá me doy cuenta... También creo que tal vez –de alguna forma– me estás pidiendo a mí que yo entienda esto, que sea cuidadosa con este tema, que no me vaya a meter de más. Creo que eso es importante para vos.

Paciente: Es que sí, es algo delicado. Es un problema que... ahora que hablamos de que la gente no se da cuenta, me acordé que esto no empezó a los 15, empezó de mucho antes, a los 12. Yo no comía y en la escuela se daban cuenta. La directora habló con mis padres. Después ahí pensé que ellos me iban a decir algo, pero no... nadie me dijo nada.

Analista: Pienso que algo estabas pidiendo con el no comer. Creo que ese no comer quería decir algo y sentiste que papá y mamá no respondieron a eso.

Me mira como sorprendida y me dice:

Paciente: ¡Es que es eso! y después se hizo más evidente, después todos lo empezaron a notar, en la escuela me decían muchas cosas y yo a veces comía. Un día llegué a mi casa y comí bastante. Después volví a comer bastante, varios días, y en la noche no te cuento cómo estaba... me sentía muy mal, no sólo por todo lo que comí, digo físicamente que también me sentía bastante mal, emocionalmente mal, me acordaba de esa imagen de la típica chica anoréxica que se traga todo y después siente culpa. Yo no sé si llegué a sentir culpa, me sentía mal por ver en mí eso que te digo.

Mientras me cuenta esto se me viene a la mente una imagen: la de una persona atada, encerrada en un lugar pobre, vacío, enloquecedor, suplicando por salir.

Analista: Me doy cuenta de que te molesta mucho esto de las etiquetas, como si tu imagen o lo que pensás de vos misma

quedara atrapada en eso. Pero esa no sos vos, sos mucho más que eso, yo lo veo...

Se sonríe, mueve la cabeza como avergonzada, juega con su cabello.

Paciente: *Esto de las etiquetas es horrible [...]. No me gusta que la gente juzgue, te ponga etiquetas. Ahora siento que todos me miran con la etiqueta de: “la anoréxica”; no me gusta que la gente te mire con esas etiquetas y que haga diagnósticos sin saber [...]. Mi mamá todo el tiempo dice muchas cosas, me dice que soy una deforme: “¡Ay, Verónica, estás deforme!”*

Analista: *Ah, ¿y eso que te dice mamá te suena a algo?*

Paciente: *Sí, yo termino diciéndome lo mismo, eso ya lo sé...*

Analista: *Como si las palabras de mamá entraran muy profundo dentro tuyo y después se convirtieran en tuyas, como si te comieras sus palabras.*

Paciente: *Sí, las palabras... Yo nunca sé qué pensar, no tengo una opinión propia. Por ejemplo una vez mi hermana me dijo: “Vos sos así, como un pedazo de fiambre” [...]. Para mí es fácil caer en esto de hacer dietas [...] No sé qué tanto tenga que ver, pero sí que para mí es fácil tener acceso a eso.*

Asbed Aryan: Gracias a la analista. Este es el material clínico, entonces vamos a empezar a escuchar los aportes.

Carlos Nemirovsky: Le agradezco a la analista el material, esto nos posibilita una actividad lúdica y creo que en esta Mesa nuestra tarea no es –nada más, ni nada menos– que un juego especulativo que consiste en que cada uno de nosotros proponga su punto de vista, y esto habla de las múltiples concepciones de nuestro oficio.

Los analistas vamos creciendo a partir del paciente que se nos presenta en cada época y lugar. Freud en 1915 decía –primero– que nuestras percepciones están subjetivamente condicionadas y –segundo– que no deben ser consideradas idénticas a lo que se percibe.

Este es un concepto de avanzada en la época, pero para ser escuchado por sus colegas sus observaciones debían responder a las concepciones científicas de la época, así que en paralelo enfatiza también la objetividad del analista y las distorsiones de la realidad como productos de las transferencias del paciente.

La formulación del principio de incertidumbre en 1927 y los cambios que se dieron en esa época, iniciaron cambios revolucionarios en los paradigmas de la ciencia positivista hacia la complejidad, dejando incuestionablemente claro que el observador afecta lo observado, tanto perceptiva como interactivamente. En concordancia, Freud sobre el final de la obra ya le dedica algunos párrafos a la contratransferencia.

Tenemos pocos minutos, escuchando el material me di cuenta de que hay miles de maneras de entrar, pero voy a especular un poco sobre los aspectos inconscientes que el analista pone en juego en esta relación.

Como nos pasa muy habitualmente, especialmente cuando estamos un poco asustados por la gravedad del caso, se genera en nosotros preocupación y una responsabilidad extra que habitualmente nos lleva a actuar nuestra contratransferencia complementaria; recuerdo que Racker describía como tal al analista identificado con un objeto interno del paciente.

Esta paciente –que es distante y muy autocrítica– dice: “Los billetes están arrugados” o “Los *muffins* están horribles” o “A veces me siento rara, como loca y la gente no me entiende”. La analista le comunica algo que yo entiendo como: “No importa, no por arrugados los billetes valen menos”. “Los *muffins* no habrán sido tan horribles”, más adelante le dice: “No creo que estés loca”... puede no ser así como lo transmitió, pero es como yo lo entiendo en este juego.

La analista consuela de alguna manera a su paciente tranquilizándola e intenta que la adolescente se acepte más a sí misma. También le muestra su queja y su autocompasión desde una posición comple-

mentaria, que podría sintetizarse como: “no exageres”, “no te critiques”, “no seas despiadada contigo”. A la vez trata de que la paciente se acerque, que no esté tan lejos. El tipo de vínculo mantiene –de todas maneras– la distancia y dificulta un trabajo productivo, hasta que me parece que la analista se tranquiliza y pasa a una posición de contratransferencia concordante. Estimo que se produce un cambio muy significativo en la relación cuando la analista deja de funcionar como un objeto interno de la paciente, y pasa a ponerse en lugar de la paciente haciendo jugar su empatía con Verónica. Esto ocurre aproximadamente a partir del momento en que la analista nos dice que “pensaba en su dificultad y su temor para pensarse como alguien atractiva para los chicos”. Allí puede identificarse con su paciente para comprender, y a partir de este modo nuevo de encuentro la adolescente habla mostrando fisuras para darle a la analista, que se va acercando afectivamente con empatía; ahora sí, acercándose a una chica que siente que pasa desapercibida a los otros, que es transparente para los padres y acusada de no comer. La analista está más suelta a partir de aquí y más permeable a las emociones de Verónica y nos cuenta una fantasía contratransferencial empática que corresponde a un estado de la paciente: la persona atada, encerrada, etcétera.

Algunas disquisiciones teóricas respecto a este fragmento. Freud describía la empatía como un paso necesario para que se desarrollen las transferencias. Otros autores se han referido también a la cuestión; Paula Heimann dice que la imaginación, que es parte de la empatía, forma parte del proceso cognitivo del analista mientras trabaja. Liberman planteaba que la empatía era un modo de imaginarse al analizando en diferentes momentos de su vida y señalaba –como requisito necesario– el de tener experiencias vitales semejantes a las del paciente; Money-Kyrle se refiere a la empatía como la contratransferencia normal y dice que existen en el analista elementos que él llama de preocupación frente al *self* infantil del paciente, la posibilidad de comprensión es algo diferente del conocimiento teórico, dice que la tarea analítica se refiere a la comprensión del paciente a través de la empatía, a través de una introspección vital. Otros, como Green, Sor, etcétera, también se han referido a la empatía.

El concepto de empatía tiene —entonces— tres sentidos: por un lado es un fenómeno inherente a la comunicación humana donde se trata de reconstruir en uno mismo de manera isomórfica los estados emocionales del otro, produciéndose una resonancia vivencial isomórfica con el paciente.

Segundo, es un modo de conocimiento espontáneo, pero es un proceso que lleva al conocimiento a partir de la imitación, la imaginación, la evocación y la identificación momentánea, parcial y controlada. Es todo el proceso que va haciendo la analista en esta sesión.

También es un instrumento terapéutico, porque la empatía permite la constitución de un campo de interacción terapéutica en el cual se despliega el diálogo analítico. Es una herramienta adecuada para posibilitar la personalización, lograr la integración, cohesión y consolidación del *self* en aquellos pacientes que han sufrido trastornos originados en déficits en su medio más temprano.

Recordemos que Renick —que estuvo acá hace unos años— anunciaba que la contratransferencia puede entenderse sólo a posteriori, que ha sido presidida por numerosos *engagements* contratransferenciales. Creo que no hay posibilidad de un análisis sin *engagements* contratransferenciales.

El motivo de consulta de Verónica, pero especialmente la respuesta de la analista inicialmente complementaria, nos hace presumir de un sufrimiento temprano de la paciente; digo temprano y no profundo enfatizando la idea de que están dañados aspectos elementales de la coherencia del *self*, del autosostén, de la identidad de la paciente; no digo profundo, no me refiero a la lucha o conflicto entre instancias; me refiero a aquello más elemental que si es consistente sostiene a lo profundo.

Si posibilitamos que la paciente no se derrumbe cayendo en un marasmo sintomático, podremos tener un *self* interpretable en términos de conflicto entre instancias o pulsionales.

Pero en esta etapa del tratamiento, y por ahora, tenemos que dedicarnos al *self* empatizable apelando a nuestra contratransferencia concordante.

La posibilidad de encontrarse —entre paciente y analista— a partir

de vivencias empáticas en este contacto intenso y prolongado de su relación analítica, hará que las dos estén más disponibles para sus vivencias transferenciales y contratransferenciales sin tanto temor como al inicio.

Quisiera destacar por último que me parece que la analista trabaja resistiéndose a dar un sentido cerrado a los datos, no se empeña por llegar a la verdad sino que intenta abrir el texto a la intersubjetividad de la relación. Y esta es una actitud que me pareció muy valiosa.

Carlos Moguillansky: Primero quiero agradecer a la analista y a la Secretaría Científica la oferta de un debate de las ideas que predominan en APdeBA en este momento sobre el lugar que ocupa la noción de inconsciente en nuestra teoría y en nuestra práctica.

Yo creo que en este terreno no estamos todos de acuerdo, ni creo que nos vayamos a poner de acuerdo en la clínica; y que es bueno reconocer esas diferencias, me parece que eso forma parte del común deseo nuestro de incrementar nuestro saber sobre el psicoanálisis.

Yo entiendo que esto es un ejercicio clínico, que no es una supervisión, yo voy a referirme al material sólo en aquellos puntos en donde me parece que el material podría ilustrar lo que fue mi posición en relación a la noción de pulsión y de inconsciente, como era la propuesta que nos hizo Adela Costas Antola (Secretaria Científica).

Yo pienso que el cuerpo de Verónica es el escenario oral y también visual de un conflicto que ella tiene con los otros –en especial aparecen acá su mamá y los chicos– y con su propio erotismo. Ese conflicto se despliega en una estrategia de control –una estrategia de control esfinteriana, visual y alimentaria– ella vigila mucho cómo se ve, cómo no se ve, qué comer, qué no comer... y de esa manera intenta ponerle freno a las intrusiones sin límite de esos dos terrenos; sin puertas para los comentarios, para las miradas y para las actitudes impulsivas que, según ella, ofrecen un demasiado fácil acceso. Ella se siente abierta y expuesta a que las palabras y miradas ajenas la penetren, tanto en su cuerpo como en su espíritu; la parasiten, la transformen, la alteren y accedan a su experiencia interior.

Ella no ha logrado crear una zona de reserva entre ella y los otros, tampoco entre ella y su deseo al que ve ajeno y temido aún. Por eso

ve tanto a unos como al otro como peligrosos impulsos que amenazan llevarla a un descontrol sexual.

Entonces, si bien el escenario manifiesto es corporal y vincular, se trata de una expresión defensiva que debe ser localizada en su determinación inconsciente, pues ella despliega en la vida grupal –tanto interior como exterior– su conflicto inconsciente con las figuras primarias del Complejo de Edipo, “yo soy como la mamá”, “lo tengo en la cabeza”.

Ese Complejo de Edipo –que entiendo que nos afecta a todos– también afecta a Verónica y está activado en las vísperas de su debut puberal. Este debut llegará en el momento en que ella se apropie de su posición sexual y sepa un poco mejor quién es y qué desea.

Detrás de esta interacción intrusiva e impulsiva que describe Verónica –con su familia y con los chicos y con sus amigas– yo entiendo que está el mandato de un Superyó contradictorio y aún oscuro para ella, entrevisto por momentos como su mamá, en otros momentos como un parásito que Verónica comió de su mamá a través de las palabras de la mamá, y en otros como una ocurrencia que a veces es propia y a veces es ajena, cuyo origen Verónica desconoce y que la envía a esos chicos sexuales y asquerosos, con los que tiene una profunda ambivalencia.

En esa oscilación tópica entre la madre y el padre edípicos, representados por la madre real actual y los chicos, entre el exterior y el interior de su persona y de su cuerpo, y por imperio de ese mandato arcaico, su activo conflicto edípico y bisexual se despliega en la vida vincular con su madre y con el grupo de varones.

Me parece que Verónica se plantea el problema de a quién ofrecerse, por quién debe ser deseada y se pregunta cómo parar el acoso sexual que la amenaza desde afuera y desde ella misma.

En su ambivalencia sexual ella desea y teme –a la vez– mirar y ser vista, comer y ser comida por un deseo sexual descontrolado. Intenta controlar con las técnicas de la anorexia, las fotos... Ella intenta negar y desentenderse de la cuestión que la acosa en la mirada de sus amigas, de los varones que desean su cuerpo-culo, aún no genital, y de la directora-madre que ordena y vigila.

Intenta ser una niña y falla, pues se siente deforme, sexual y horrible.

También intenta ser una mujer y también falla porque se siente rara y loca, con deseos ajenos que no encajan en lo que –tanto ella como ellos– esperaban.

Su situación puede resumirse en el equívoco que entiendo que aún no puede oír sin ofenderse ni perturbar.

¿Qué desea? ¿Ser respetada o que le falten al respeto?

Su conflicto sexual corporal –como muy bien lo señaló la analista– es muy delicado y la frontera tiene una hipersensibilidad, que podría calificarse prematuramente como exceso. Pero no lo es, es típica de la adolescencia.

Finalmente quiero dejar en suspenso un tema que me hubiera gustado desarrollar un poco más en el material, que es qué es ser fiambre, ser un fiambre. Es una palabra muy equívoca y podría apuntar a algún lugar desconocido para todos.

Virginia Ungar: Agradezco la invitación. Quiero leer las preguntas que mandó la Comisión, no para intentar contestarlas sino porque sirvieron como disparador para poder pensar el material: *A partir del relato de la sesión, ¿dónde ubicaría alguna manifestación del orden de lo inconsciente y la pulsión, y cómo intervendría? ¿Qué quiere rescatar en el material clínico sobre el tema de este año?* Yo me hice también una pregunta: ¿se puede ubicar alguna manifestación del orden de lo inconsciente y de la pulsión en el relato de una sesión?

Mi primera respuesta fue: no veo; a veces me pongo muy clásica y me atengo a la propuesta freudiana de que las manifestaciones de lo inconsciente son el sueño, el acto fallido, el síntoma y –me permito agregar como analista de niños– el juego en los niños y el dibujo.

Inconsciente y pulsión son términos teóricos de una enorme complejidad, sobre la que se refirieron de manera exhaustiva y con un gran nivel de elaboración los que me precedieron.

Hoy estamos trabajando sobre un texto, este texto que tan generosamente nos ofrece la analista, y digo generosamente porque además me parece que todos coincidimos en que es buenísimo; buenísimo en

términos de que nos permite ver algo de lo que estaba pasando en el consultorio y en la intimidad del trabajo analítico.

Este texto, claro, no puede dar cuenta de todo lo que pasó en la sesión. Por otra parte leer un material clínico de otra persona genera una cierta ajenidad y por eso esto no es un trabajo de supervisión, y yo creo que sólo nos permite hacer inferencias a partir de lo que el relato evoca a cada uno de nosotros.

Es bueno el material porque es necesario que nos impacte, que nos llegue, que nos haga trabajar... y ahí tiene sentido esta Mesa Redonda, ya que no creo que nosotros que estamos acá leamos o veamos el inconsciente o la pulsión o las pulsiones de esa paciente en esa sesión.

Al principio pensé referirme a la oralidad porque es un cuadro de anorexia; o a la analidad ya de entrada con los billetes arrugados que la joven se esfuerza en alisar; o la oralidad mezclada con analidad en la imagen de los *muffins* que parecen asquerosos y horribles... Lo que me tocó de este relato es una conversación en la época en la que ella tenía mucho menor peso que en este momento, y le muestra una imagen de ella misma a una amiga, que reacciona diciéndole: “¡Pero estás horrible! ¡Tenés que comer!”, y esto provocó un gran enojo en la paciente.

A mí lo que me llegó fue que Verónica hablando de ella misma dijo: “Estaba muy flaca, era un espanto, parecía L.”; yo me acuerdo de la imagen del L., después para corroborar lo fui a buscar —me lo traje en un pendrive por si hay tiempo— ¿se acuerdan?, es un personaje que tiene pura piel, ni sé si huesos —piel y huesos— ojos muy saltones, muy poquito pelo y muy pocos dientes. Yo creo que es el horror de la anorexia en su extremo, ¿no?

Esa imagen a mí me hizo pensar que Verónica sólo consiguió verse en la mirada de otro, en la mirada de esa amiga; y así a lo mejor puede tolerar el horror de ver lo que estaba haciendo con su propio cuerpo y el peligro de hambrearse a sí misma.

Y ahí me surge esta pregunta: ¿es posible hoy pensar al Inconsciente y sus manifestaciones y a lo pulsional, fuera de la relación con otro?, ya sea como dijeron los que me antecedieron, las concepciones de lo inconsciente son diversas y está muy bien además que se expli-

citen y se discutan, pero cualquiera sea la manera de aproximarse a la noción de Inconsciente yo creo que todos vamos a estar de acuerdo o vamos a tener un terreno común con la noción de transferencia. Y en palabras de Green del libro *El pensamiento clínico*, es la transferencia la que fuerza al otro a entrar en el juego, más aún: analista y paciente habitan una cultura y un tiempo que los afecta y que a su vez condiciona la práctica que están teniendo.

Entonces me habilita la noción de transferencia a responder a la pregunta *¿Cómo habría intervenido?* Yo pienso como un ejercicio, una especulación, que podría haber usado la imagen del personaje L. para decirle quizás que el enojo que siente ahora con la amiga lo puede desplegar ahora en la sesión, también advirtiéndole a la analista hasta dónde puede meterse; y yo le diría que me parece que está muy asustada de ese horror que siente de haber llegado a hambrearse tanto, que tiene temor de haber podido ser un personaje como el personaje L.

Yo tomé un solo punto de la sesión –porque en diez minutos no me parece que se puede mucho más– y seguramente está teñido de mis predilecciones teóricas o de lo que se llama las teorías implícitas; también creo que está teñido de mi experiencia en trabajo con niños porque esto le da prevalencia a lo visual, a la imagen, y un lugar de privilegio a la contratransferencia, que ya lo tomaron.

Con respecto a la segunda pregunta –*¿Qué destacaría del material con respecto al tema que se tomó este año?*– yo creo que este material fue excelentemente elegido, porque es muy adecuado y toca en el corazón de estos conceptos teóricos. Por supuesto no voy a entrar ahora a hacer consideraciones teóricas sobre la noción de pulsión, que es frontera entre el soma y la psique, como dijo Ricardo Avenburg en uno de los Ateneos: es lo que pulsa; es lo que demanda a la psiquis a trabajar, que empuja a buscar objetos, que empuja a generar representantes... Yo me pregunto ahora: ¿toda la fuerza pulsional es aprehensible por el representante, la representación, el objeto, el vínculo? ¿O se trata –más que nada aquí, me parece– de los restos no simbolizables que se expresan de la somatización directa? ¿No son los cuadros de anorexia y bulimia los que más nos interpelan o que interpelan las premisas de inconsciente y pulsión? ¿No hablan de un exceso, o por

otro lado de un déficit –como dijeron los que me antecedieron– que queda por fuera de aquello de lo pulsional que no pudo ser mediatizado por el símbolo?

Carlos Barredo: Quería destacar varios aciertos de este Ciclo y creo que eso se ve en la repercusión que han tenido, uno de los aciertos – aparte de la secuencia de las clases, los ateneos, etc.– creo que ha sido este material, este material efectivamente permite jugar, abre el lugar del juego.

Yo voy a jugar, creo que por eso no me vine como armado con un texto, para tratar de ver si me salía jugar más abierto.

Me basé en las preguntas para empezar ubicando dónde, la noción de Inconsciente se hace presente en el material. La chica dice que consulta “por su forma de alimentarse”, el problema no es tanto la alimentación como la forma, que también va a aparecer en el cuerpo después, pero se trata de la forma. Lo segundo es la descripción que hace la analista de la distancia con la que la chica se maneja, la distancia con la que saluda y cómo eso va cambiando. Y lo tercero es que ella dice que la plata está arrugada; yo creo que ahí está lo que para mí es una manifestación de lo inconsciente, algo que aparece en la superficie del discurso, en lo que se dice. No sé si la plata está arrugada, ella dice arrugada... Uno se podría preguntar: ¿el término “arrugado”, está arrugado?, en todo caso yo creo que vale como tal; no vale como la plata, en ese sentido la respuesta que da la analista –que le dice que vale lo mismo– la analista contesta en el plano de la realidad, efectivamente vale lo mismo. Ahora, no vale lo mismo llamarle a la plata arrugada, eso vale en otro plano y vale como manifestación de lo inconsciente; arrugado implica que tiene pliegues, o sea que es algo que puede desplegarse, lo que efectivamente pasa en el curso de la sesión. Y además implica que puede plancharse, lo cual es una de las inquietudes en juego, por lo cual la chica está asustada, está arrugada, es una de las ansiedades en el inicio de la sesión; tiene miedo que la planchen, que la etiqueten.

Mi idea de lo Inconsciente es aquella de que el analista –dice Lacan– es parte del concepto del Inconsciente, es decir no hay incons-

ciente si no es para el analista; arrugado es algo que le está dirigido al analista en la transferencia. Me parece que es algo similar a lo que Virginia planteó, Virginia lo dijo en términos de que el Inconsciente tiene algo en común con la transferencia. Efectivamente, es el lugar donde se pone de manifiesto. Si no hay analista, no hay Inconsciente.

Eso se va a desplegar de acuerdo a cómo el analista responda, por eso en los comienzos de la sesión la analista se ve llevada –yo creo que en parte por lo que Nemirovsky decía, como la tendencia a que la chica se acepte a sí misma o que se acepte sin tantas críticas– la analista se ve llevada a responder en el plano de la realidad: “los billetes no están tan arrugados”, “valen igual”, “no estás loca”, “no sos rara”... lo cual es cierto, uno se puede ver llevado a responder en ese plano, pero la cuestión es que no se trata de eso, no importa si es rara o si es loca o si los billetes están más o menos arrugados, lo que importa es que dijo eso y eso que dijo dice algo de ella –más allá de lo que sabe– y es eso lo que el analista como lugar o como forma de ubicarse en el juego de relaciones, tiene que habilitar para que se despliegue; si el analista responde en el plano de la realidad resiste al despliegue de eso.

Nunca dejamos de resistir a ese plano porque no hay analista que no tenga Yo, no hay analista que no tenga opiniones. El asunto es que si se vierten de esa manera se va generando un campo. Todos respondemos en un campo conflictivo y en tensión, el asunto es si el material progresa; y en esta sesión me parece que el material efectivamente progresa.

La otra cuestión es lo de lo pulsional, que aparece en este material, a mi juicio, por toda la preocupación por los excesos y tiene que ver con el temor que esta chica tiene a que la etiqueten; lo cual es un lugar claramente transferencial, la mamá que etiqueta y pone diagnósticos es como una inquietud acerca de: “¿Cómo me van a ver acá con esto que digo y que cuento?”.

Lo que la preocupa se mencionaba como el plano de erotización que trae, ella está con preocupaciones acerca de la forma en que se traga lo que le dicen –lo que le dicen que pasa– y qué le pasa a ella con eso; tiene miedo de que le diagnostiquen el Edipo, pero algo la tiene inquieta acerca del tamaño del culo; tiene miedo que le falten al res-

peto, pero es imposible que ingrese en el plano del erotismo sin entrar por la degradación de la vida amorosa; si no la toman como objeto, si no le faltan al respeto, no ingresa en ese plano. Y tiene temor a confusiones: se comió una torta grandísima y se analiza con una mujer; entonces la preocupación acerca de la torta que se puede comer ahí adentro es una inquietud en juego.

¿Qué va a hacer con eso?, es algo que si no se plancha se puede seguir desplegando y efectivamente se despliega y esta es una sesión que funciona.

Janine Puget: A mí me resultó muy agradable el material clínico, me resultó agradable porque me resultó fresco, me resultó muy auténtico y la manera de hablar de la analista con la paciente también me resultó agradable, como intentando establecer un diálogo con sus palabras y viendo cómo se podía conectar con Verónica y pudiéndolo mostrar.

O sea que mi comentario se va a basar un poco en lo que en mi concepto teórico –lo que yo discutí cuando fue el Ateneo en el que me tocó hablar teóricamente– tiene que ver con la *Metapsicología* 100 años después; 100 años después era ver en qué me ayudaba y en qué no me alcanzaba, dónde no me alcanzaba.

En qué me ayudaba... Bueno, los que me precedieron dijeron muchísimas cosas que me gustan todas, que tienen que ver con su manera de pensar cómo se representa la pulsión, Carlos Barredo dice: “de entrada ya se ve...” Yo de entrada no la vi, pero no la vi porque probablemente mi marco teórico me lleva a no ubicarme inmediatamente a ver representaciones pulsionales, sino a tratar de ver simultáneamente cómo se establece el diálogo entre dos sujetos, que no sería referirse a la contratransferencia sino a lo que hemos llamado tantas veces interferencia, pero eso es lo de menos; lo importante sería entre dos sujetos, y no sería la analista objeto de transferencia sino una otra hablando.

Entonces me ubiqué en general leyendo este material en lo que era como el conflicto estético, porque muchas veces habla de si es lindo, si es feo –todo eso que lo vieron desde el lado pulsional– y por otro lado pensé: ¿cómo se constituye –sin hablar de Meltzer– el conflicto ético en la vida social actual?, digamos qué es ser lindo, qué es ser

feo, qué es comer, qué es un *muffin* lindo que queda bien en la envoltura... está permanentemente la idea de feo, sucio, lindo, bueno... es decir valores que tienen que ver no sólo con su mundo pulsional –a mi juicio– o con lo que podrían ser los valores superyoicos, sino que tienen que ver con lo que es hoy en día feo, lindo, para los adolescentes y para los jóvenes de hoy en día, que seguramente no coinciden con todos los nuestros.

Entonces me resultó importante que la analista tratara de establecer un diálogo diciéndole: “Bueno, no es para tanto, igual vale el dinero, no estás tan loca”, es decir de alguna manera tratando de traerle a la conciencia el conflicto con la realidad, una otra que le dice: “No es como pensás”.

Yo me pregunté: ¿esta chica puede establecer un diálogo pensando que el otro es otro sin desvalorizarse ella?, un diálogo en el que sean dos. Me parece que ella lo que plantea permanentemente es que si hay un diálogo que ella imagina –“los demás piensan”, “los demás dicen”, “no les va a gustar”– está permanentemente preocupada con eso y uno lo puede poner para el lado del Superyó, pero también lo puede poner en lo que yo llamo lo vincular; que tal vez no es del todo como lo piensa Nemirovsky sino que lo vincular sería aceptar que hay dos sujetos que piensan diferente; ella no tolera la idea de que piensan diferente, es uno bueno y el otro malo, es decir hay un criterio que sirve y otro criterio que no sirve.

Entonces de alguna manera la analista le dice: “Mirá, no es del todo como vos pensás”, pero tal vez no insistió bastante o no se creyó suficiente la posibilidad de decir: “Yo soy otra y lo pienso de otra manera y eso no quiere decir que te desvalore”.

Mi preocupación fue por qué no puede hablar de lo que piensa otro sin pensar que –lo que ella o el otro– piensa que está mal.

Toda la sesión la leí en estos términos, encontrando que todo lo que ella habla de su relación con otros es para decir que uno dice algo que está bien, el otro que está mal... pero no existe la posibilidad de trabajar esa diferencia para producir un nuevo pensamiento o una idea de lo que implica vivir en el mundo; si la mamá dice que es un horror, poder aceptar que la mamá diga que es un horror pero que ella puede

pensar. Entonces el pensamiento de la alteridad del otro le anula su propia capacidad de pensar.

¿Cómo trabajaría eso, cómo lo diría yo en la sesión?, eso habría que verlo con cada parte del material y me parece que la analista hizo ensayos de decirle: “Yo soy otra y no lo veo igual” pero no se animó a sostener sus intervenciones basadas en una teoría fuerte que le permita diferenciar lo que sería el llamado mundo interno –que le cuesta sin duda construir en sus funciones– y lo que sería la relación con su analista como una otra que le da su opinión sin por eso anular la opinión de ella.

Trataría de insistir en poder trabajar los dos planos. Así dicho parece fácil, en la realidad no es fácil; por momentos poder trabajar como una otra que tiene una opinión y ver qué hace ella con tu opinión –por ejemplo– y por qué se desvaloriza o quiere que haya una sola opinión –o sea que no sean dos– y por momentos trabajarle su conflicto estético en todas las dimensiones que pueda tener y su conflicto en cuanto a su dificultad de construir su mundo interno, que me parece que lo que dijo Mogueillansky en ese sentido es muy astuto.

Asbed Aryan: Hemos escuchado aportes muy interesantes. Voy a armar una lista de oradores.

Público: Voy a ir directamente al punto por donde yo veo el material, que no fue sin el aporte del público, en tanto la paciente dijo “quince años, quince *muffins*”. Esto tiene para mí importancia porque lo escuchó una colega, y por eso lo transcribió. No lo aisló pero lo escuchó.

A partir de eso ubico ahí el punto en el que yo hubiese entrado, en el sentido de que la cosa comenzó a los 15; hay un inicio en el 15 y el inicio en el 15 está explicado –llamémosle– en la decisión de ella de dar a que otro lo coma, es decir que ella ha tomado la decisión de que haya dos. Y ese es el problema, no es que duda, ella ya ha decidido –y me parece que ahí está el punto de los 15– que ha decidido que haya otro que pruebe los *muffins*, que podría no haberlo decidido.

Es decir que está en ese punto de decisión de dar a otro para que otro pruebe, el punto en donde ella pone su inicio. Entonces teniendo

esto en mente, así como yo vería el material, digo –respecto de lo de Nemirovsky– que yo encuentro ahí un punto para entrar, un punto para interpretar, como lo encuentran todos los de la Mesa, pero digamos tomo en Moguillansky y Barredo el modo de entrar, sobre todo cuando Moguillansky introduce la idea del fiambre, por el lado de esa palabra que se escucha; que me parece que ahí se plantea algún tipo de problema.

Lo de Nemirovsky me introduce al mundo de discusión, en tanto si bien yo estoy de acuerdo que habría materiales en donde no sería pertinente la interpretación, me parece que en este lo hay.

El punto segundo lo veo respecto a Janine, pienso que el tema no es tanto que encuentre su forma de dialogar –digamos– de aceptar que hay un otro, sino que ella ya lo aceptó y que ahí está su problema, ahí está el comienzo.

Público: A mí lo que me hizo pensar esta chica es cómo transita los duelos, porque si bien es a los 12 –en realidad– que ella dice su versión de que empieza su problema, y si bien tiene que hacerse cargo de su cuerpo pulsional también tiene que perder su condición de nena. Y la sesión empieza con el viaje de egresados a Bariloche y que está cansada, uno podría pensar que es un referente de depresión el cansancio, que ella dice que no es por los 15 que hizo –eso no es nada– y están juntando la plata justamente para el viaje de egresados, otro pasaje.

Yo creo que esta chica tiene una gran dificultad en el tema de las pérdidas, hay un cuerpo ideal perdido también en su trastorno.

Entonces a mí me parece que la cuestión de los pasajes y los duelos en esta chica es un tema –a mi entender– fundamental también.

Público: A mí me gustó mucho esta Mesa para poder escuchar distintas perspectivas que pueden confluir o no en las ideas. Yo creo que hay una especie de acuerdo –diría– de que el Inconsciente se constituye en una relación.

Me parece que el problema –podríamos decir– es en esta relación ¿cuál es el peso del afecto y cuál es el peso de la representación, de las

palabras?; ¿cómo se balancea esta relación?, y sobre todo ¿cómo se relacionan estas dos cuestiones? Porque –por un lado– parecería ser que podría haber afecto puro, sin palabras, y sin embargo uno ve que los afectos van transcurriendo alrededor de las palabras que van diciendo, tanto el paciente como el analista. Lo que trae Nemirovsky me parece que –por más que él no lo dice– es evidente que no puede dejar de ser así porque lo que se escucha son las palabras. Nemirovsky escucha las palabras en donde se produce ese estilo de la contratransferencia –podríamos decir– concordante o complementaria, y creo que justamente es la posibilidad de la complementación de unas ciertas palabras que se pueden articular entre el analista y el paciente, por un lado.

Por otro lado está claro que tanto Barredo, como Ungar, como Moguillansky toman la palabra en un valor fundamental. Me queda la duda de fiambre, me gustaría después que Moguillansky lo pueda desarrollar. Y el otro tema es si puede haber –y esto tendría que ver ya más con Janine– una alteridad absoluta entre uno y otro, cuando en realidad lo que uno puede decir lo dice con las palabras que vienen del otro; ahí viene el tema de los ideales, que uno siempre va hablando de acuerdo a cómo constituye su discurso la cultura, qué valores pone y de qué manera uno puede ayudarla a que por más que hable con las palabras del otro pueda sentirse de alguna manera representada en las palabras del otro, porque el problema que tiene ella es que no se siente representada; cuando termina la sesión y dice: “Yo termino diciendo lo mismo que mi mamá”; bueno, está bien, termina diciendo lo mismo que la mamá, no tiene otra manera de poder hablar que no sea con las palabras de la madre; pero el problema de ella no es que termina diciendo lo mismo que la mamá, el problema es que además ella quiere encajar con las palabras del otro y no tolera la diferencia con las palabras del otro. Pero no hay otra forma de hablar que no sea con las palabras del otro.

Público: Sí, realmente hay muchas cosas, sería como para una Jornada, verdaderamente, pero hay que conformarse con poco. Digo esto porque en algún punto de la sesión –cerca del principio– ella cocina algún objeto comestible que no llegué a entender bien de qué se trata y se lo da a otros aunque ella no está satisfecha y dice que los

otros “se lo tragan porque se conforman con poco”. Y me parece que por ahí hay una punta porque ella no se conforma con poco, para ella es todo o nada.

Me parece que conformarse con poco es una de las caracterizaciones del deseo, en el plano del deseo uno siempre tiene que conformarse con poco, o por lo menos poco en relación al todo al que podría acceder.

Lo que queda son los dos excesos del goce: el todo o la nada, y me parece que esta chica de alguna manera se mueve alrededor de eso, alrededor del plano de la dificultad del deseo, de su propio deseo que se le plantea como extraño, del deseo de los otros que quieren que coma, pero fundamentalmente el deseo de los otros que la pueden desear. Una chica le dijo: “A los chicos les gustan las chicas con culo grande” y ella se indigna: “Ese no es problema mío, es problema de ellos”.

Creo que no, el problema es que en el plano del deseo, el deseo circula y me parece que ella tiene dificultades con su propio deseo y con el circuito del deseo en el cual podría quedar incluida.

Creo que ahí juega un poco lo del hambre, el hambre es una figura interesante porque por un lado el hambre es el muerto, o sea el exceso de goce por el lado de la nada que está ahí rondando, le dicen “tenés que comer”, “te van a internar”, etc.; digamos el plano del exceso de la nada está rondando por un lado; pero el hambre también es algo para comer y hasta para devorar, porque creo que además –ya en el plano pulsional– todo se juega en un plano erotizado pero en el plano de la oralidad. Entonces en el plano del deseo ella podría ser un objeto para ser devorada, si fuera deseada podría terminar como hambre a ser devorado.

Me parece que entre estos dos planos se está debatiendo precisamente por la dificultad del conformarse con poco del deseo, los demás que se conformaron con poco pudieron gozar de eso que ella cocinó; ella eso no puede.

Público: Primero quería decir que fue muy interesante cómo la sesión está estructurada desde un principio –desde el momento en el que Verónica entrega el dinero arrugado–; cómo la presentación de las cosas para ella es importante y la mirada del otro. Y también

me pareció interesante el tema de las palabras –que ya lo estuvieron nombrando bastante– pero agregaría dos cosas: primero, hambre sí que nos remite al muerto y que es comida, pero no sé si notan que dentro de hambre tenemos *hambre* y eso me parece algo muy interesante; y por otro lado mientras Verónica hizo 15 *muffins*, 15 no es un número casual y tampoco es casual que sean *muffins*, porque en inglés *muffin top* es lo que nosotros llamamos el rollito, y a esta chica, con su problemática...

Por último se me hace una pregunta. Verónica quiere ser mirada pero a la vez la mirada del otro la define y eso la aflige; quiere ser mirada y la analista esto lo actúa en un punto porque le dice: “Yo no creo que seas loca, no creo que seas rara”, y me pregunto hacia dónde apunta esto de actuar la contratransferencia que en esta sesión parece que causa efecto, pero también podría haber caído al vacío. Si un amigo te dice: “Mirá, no estás loco”, queda ahí... entonces ¿por qué en esta sesión actuó esa palabra?

Carlos Barredo: Yo voy a empezar con lo de las diferencias, para hacer contrapunto. Un tema es esto de la contratransferencia y la contratransferencia habitualmente –a veces– se liga a la idea un tanto simpática de que hay más de uno en una sesión.

No parece un descubrimiento eso, nunca hubo menos de uno en una sesión. El asunto es cuántos hay ahí y lo que pienso –como para hacer un contrapunto con lo que decía Janine– es que hay más de dos. En el ateneo en el que me tocó hablar repetí una pregunta de Lacan que dice: ¿Cuál es ese Otro –lo pone con mayúscula– que habla en el sujeto y en el cual el sujeto no es ni el amo ni el semejante?, ¿cuál es ese Otro que habla en él?

Esa es toda la cuestión, es decir quién elige los términos: forma de alimentarse, arrugado, hambre, 15... No es lo que quiso decir esta chica, es algo que en ella habla y eso que habla dice de ella mucho más de lo que ella puede explicitar.

Creo que es eso lo que está plegado, es decir lo que está como arrugado en el sentido, además, que confrontarse con eso produce temor.

Carlos Moguillansky: Arruga...

Carlos Barredo: Creo que la cuestión es no sólo que ella no arrugue ante lo que tiene que enfrentar, y por ahí en una chica de esta edad tiene que ver con experiencias iniciatorias respecto del viaje de egresados, de cómo le miran el culo y una serie de delicias por el estilo que ella tiene que enfrentar. Y el venir a analizarse también es una experiencia iniciatoria en la que ella tiene que enfrentar esa realidad y que no tendría que arrugar; la cuestión es que el analista tampoco arrugue.

Y contratransferencia no es lo que confesamos que sentimos, es la manera en que nos afecta la transferencia que tenemos que soportar. Entonces eso se pone de manifiesto en la forma que intervenimos, los términos que usamos, lo que elegimos para señalar, lo que omitimos... Por eso no sé si llamarlo empatía, tampoco hace falta que yo lo llame, otros lo llaman empatía, como Nemirovsky. De todas maneras a lo que iba es que de lo que se trata en la empatía no es –de nuevo– una relación entre dos, sino que hay más y el asunto es cómo hacer para que ese que está en más hable, se despliegue y que el analizante pueda verse implicado en eso, más que aceptarse.

Lo otro –como dijeron– efectivamente en fiambre está el hambre, el hambre no es desear además, en el 15 está “la niña bonita”... por eso decía el Inconsciente es lo que aparece en todo ese reparto significativo; no la pulsión, la pulsión va por el lado de los excesos.

Janine Puget: A nivel de las diferencias me parece que hay diferencias y diferencias, porque no estamos hablando de las mismas diferencias, tampoco estamos hablando del otro; el otro del cual yo hablo es alteridad pura, aunque pueda estar imbuido de las palabras de otro, pero en el interjuego entre dos o más sujetos, el otro es otro, suscita frases como “no es como lo pensé” –ahora lo mismo hago yo– “no es como lo pensé, no escuchaste bien”. Cuando uno dice “no escuchaste bien” quiere decir que el otro se intenta transformar en una prolongación de sí mismo. Y hay una serie de frases que a mí me permiten entrar en el material, cuando quiero o puedo trabajar la idea de constituir una relación entre dos otros en la cual la diferencia es fundamental. No es

lo mismo que las diferencias de sexo, las diferencias binarias de las cuales habla Freud o las diferencias de las cuales se habla en general; eso es un nuevo punto en relación con este otro puro.

Cuando Barredo dice ahora que en una sesión hay más de dos, desde mi punto de vista hay dos y además hay representaciones múltiples de los otros, mundo interno. Entonces hay momentos en que puede haber multiplicidad de personas —como las hay en esa sesión— que son representaciones de personajes-objetos que se han incorporado en la mente del sujeto. Pero el otro aspecto es que en una sesión hay dos, dos sujetos aunque pueda haber cuatro, cinco... Si trabajamos con parejas o con familias; pero la unidad es dos. Entonces ese dos del cual habla Barredo no es el mismo dos del cual hablo yo, ese dos no admite tres, ese dos es dos y la multiplicidad es perfectamente pensada en todo lo que han dicho, están todos los representantes que ustedes quieran, representantes pulsionales y la riqueza de todas las metáforas que cada uno de los que hablaron tomó en cuenta y que me parece muy lindo; a nivel símbolo, a nivel de lenguaje simbólico podemos hacer cualquier cantidad de cosas que se van diciendo de cualquier palabra usada.

Virginia Ungar: Me interesaron muchas cosas, uno tiene que elegir. Lo que dice Janine a mí me parece central en el sentido del conflicto, me parece que vos lo trajiste así para esta chica muy, muy duro, la posibilidad de aceptar que hay dos sujetos y que uno piensa diferente del otro. Y me preguntaba —por ahí también se lo pregunto a Janine o a todos los que quieran contestarlo— ¿no se trata de eso la adolescencia en sí misma?

El conflicto que esta chica de 18 años está atravesando y ahí me aparece con más fuerza —que no me llamó la atención— el viaje de egresados, porque ¿viaje de egresados a qué?, ¿de qué se egresa?, ¿desde dónde se egresa?, ¿egresa alguien que no pudo ingresar alguna vez?

Y el viaje de egresados también poniendo en tema lo que es la cultura de la época, el viaje de egresados ahora es un viaje al descontrol. Yo creo que esta chica está aterrorizada del viaje de egresados, yo no califico de bueno o malo, porque trabajo con adolescentes, pero me parece que es eso: es un viaje al descontrol, al inicio de la sexualidad,

al consumo de alcohol, etcétera. No tengo una postura a favor ni en contra, es eso.

Y me acordé de un mail que me mandó una paciente mía, asustadísima, madre de mujeres, que le llegó –por esta cuestión de los *chats* de las mamás y todo eso– un mail de invitación a la fiesta –ésta de la que habla esta chica– a la fiesta de egresados de un colegio religioso de varones, donde lo único que aparece es un culo muy lindo... Es un culo con tatuajes y dice: “No importa si es lindo o es feo. Lo único que queremos es que entregues la cola”, con la fecha, la hora y el lugar de la fiesta. Otra vez, no tengo una postura crítica; me parece que son observables de la realidad. Pero si esta chica recibe esta invitación me parece que entra en una especie de pánico, cómo se arregla con los recursos que tiene o no tiene un adolescente para hacer el egreso hacia la noción del otro como alguien diferente; esa es una pregunta.

Y lo de Moguillansky, ¿cómo hace cuando el escenario es primordialmente el cuerpo? como dijo él, el cuerpo oral y el cuerpo visual; el escenario hasta este momento estaba siendo su cuerpo, entonces cómo se egresa también del escenario del cuerpo al escenario de la mente.

Ese es el trabajo que me parece que están haciendo con la analista; muy duro y muy difícil porque es muy lindo el material, pero quienes han tenido o tenemos pacientes con estas características nos tienen a veces asustados, ahí juega también nuestro propio terror.

Carlos Moguillansky: Hay que conformarse con poco, yo coincidí plenamente en que quizás la cuestión pasa por ahí. Y uno se tiente, eso también es cierto. A mí me preocupa esa tentación –que además podemos tener como analistas y como polemistas, es decir que también acá hay otro detrás de cada cosa que decimos; hay un otro teórico, cada uno de nosotros habla desde un otro teórico y el problema es cuando ese otro teórico interviene en la interpretación del analista, porque no sólo hay un otro del discurso del paciente sino que también hay un otro del discurso del analista que puede llevar a algún malentendido porque el discurso del analista segmenta al discurso del paciente, como mínimo selecciona –por ejemplo– el fiambre.

¿Ahora qué se hace con fiambre una vez que uno segmenta fiam-

bre? Si uno dice hambre me parece que uno está incluyendo asociaciones propias. Me parece que en todo caso si a uno le llamó la atención y segmenta fiambre, está bueno preguntar qué es fiambre.

No digo que con eso se salve nada, porque uno ya metió las de andar preguntando por fiambre; pero por lo menos las mete menos – diría yo–; las mete un poco menos, da oportunidad a que el que habló de fiambre diga qué le parece fiambre: si es hambre, si es muerto, si es fiar de lo que a uno le pasa...

Me parece que ese conformarse con poco apunta a una cuestión que a mí me parece central en esta sesión, que es el tema del exceso. Uno lo puede llamar goce, uno lo puede llamar descarga corporal anticipada, como lo llama Freud; cada autor ha tenido que dar alguna cuenta de ese exceso que amaga un descontrol, en el sentido de que amaga con enviar –a la piba, en este caso, o a nosotros como analistas– a un escenario inesperado y –desde nuestra perspectiva, o desde la perspectiva de la piba– descontrolado. El descontrol no es tal, el descontrol es sólo una visión, una perspectiva que tiene alguien respecto de algo que pasa; lo que pasa, pasa; lo que pasa en Bariloche pasa, uno podrá o no pensar que eso es bárbaro o que es un descontrol. Esta piba tiende a pensar que ese exceso es un descontrol y me parece que por eso, porque está muy asustada del descontrol y de sus excesos, ella se hipercontrola, se hiperarruga, se oprime –como oprime los billetitos– y entrega todo arrugadito, posiblemente asustada; no lo sé, pero yo preferiría que no nos metiéramos tanto con lo que son asociaciones nuestras respecto de lo que está diciendo Verónica; yo también podría decir: “En Verónica está ver”, ¿se llamará Verónica la piba?, a lo mejor no se llama Verónica.

Prefiero esa posición de frescura de la analista, de contacto respetuoso, esta distancia respetuosa que permite que esta piba se vaya desplegando y despliegue la hipersensibilidad sin muchas interferencias. Ya va a llegar el resto sin tantos excesos, supongo yo.

Carlos Nemirovsky: En realidad a partir de lo que ha surgido acá –*¿Qué tenemos en común los analistas*– es un trabajo que yo llamé así hace muchos años, pero que hoy voy replanteando qué es lo que

tenemos en común. Yo en ese trabajo llegaba a la conclusión de que lo que tenemos en común los analistas es la ética; no la concepción de Inconsciente, no la concepción de transferencia, sino lo ético en el sentido de no manipular al paciente... toda la postura ética. Pero acá ha surgido algo muy interesante que es como común: la constitución de lo Inconsciente con otro; en eso pareciera que estamos todos de acuerdo, cosa que es una alegría importante porque esto nos remite a un escenario intersubjetivo inevitable: es con otro.

Otra cuestión que ha surgido acá es lo de las teorías implícitas, nosotros remitimos siempre a algunos autores que a veces no sabemos tan bien y que los vamos transformando. Hablando de a quiénes representamos o remitimos, es muy difícil decir: yo represento a un autor si no vemos la transformación de él dentro nuestro y se compone con agregados propios.

En esta paciente, donde predominan ansiedades persecutorias y todos los elementos corporales que implican un desarrollo deficitario que está bien reflejado en los síntomas corporales, donde predomina la necesidad del deseo, pienso que es muy importante constituir un clima que permita pasar de cierta imitación a la identificación –como plantea Freud en el concepto de empatía– y por eso lo asocié con el concepto de empatía; un clima de intimidad que le proponga a ambas llegar a un encuentro a partir del cual haya un *self* que empiece a constituirse, porque me parece que acá hay elementos demasiado disgregados; hablando de la constitución de lo inconsciente con otro, este es un paso necesario.

Otra cuestión que surgió acá es lo de las palabras; ¿hay palabras sin acción?, ¿hay palabras sin ser performativas?, ¿las palabras sólo son palabras?

Ayer vi una película de Nanni Moretti que es muy recomendable –*Mia madre*– donde la directora le dice al actor: “Vos tenés que hacer del personaje y además de vos”, de ambos. No hay posibilidad de hacer sólo el personaje transferencial, somos nosotros, lo que antes se llamaba la figura real del analista, somos inevitablemente reales con el paciente e inevitablemente actuamos con el paciente.

Analista: Yo pensaba cuál era mi idea de Inconsciente en esta paciente en cada momento, cómo yo lo registro; por ejemplo al inicio de las sesiones mi registro fue más en el orden de lo sensorial, por ejemplo, yo tiendo a ubicarme desde un lugar del alejamiento, la distancia, porque ella apenas hace contacto con mi piel cuando nos saludamos –y lo mismo pasa cuando ella se despide, por ejemplo– desde lo sensorial; y después entramos en la sesión y yo empiezo a pensar en un Superyó más latente; después me paso al clima de los duelos; todas las perspectivas que se han abordado acá creo que son reflejo del movimiento tan intenso y a veces tan rápido que ocurre en la sesión y que uno a veces tiene que elegir también en qué lugar uno se posiciona, desde qué lugar uno interviene.

La idea que me fue sosteniendo con esta paciente es cómo estar en contacto desde lo sensorial porque yo me doy cuenta de que la solía pensar y sentir mucho desde ese lugar; con otros pacientes me pasa que los pienso más en imágenes u otros me remiten más a palabras. Aquí yo escuchaba mucho esto de la palabra, a mí con esta paciente me pasaba pensarla más desde lo sensorial y por ahí tiene que ver con eso más temprano quizás, el déficit... no lo sé bien todavía. Y lo que creo que esta paciente en este momento necesitaba, es este espacio donde ella pudiera hacer ese contacto con algo de ella, con su deseo, con quién es ella, con quién quiere ser, en quién quiere convertirse... y yo ser como una facilitadora –de algún modo– para que ella logre hacer ese contacto desde ella, tratando de interferir lo menos posible a pesar de los miedos de ella y mis miedos también, tratar de interferir lo menos posible en esto.

